

La niña que pisó el pan

Ciertamente, habéis oído hablar de la niña que pisó el pan para no ensuciar sus zapatillos, y también sabéis lo mal que le fue después. De esto se ha escrito y se ha impreso.

Era una niña pobre, pero orgullosa y altanera. En ella, como suele decirse, había malos instintos. Siendo aún pequeña, le gustaba cazar moscas y arrancarles las alas; le placía ver cómo aquellas insectos voladores se convertían en reptantes. También cazaba escarabajos de mayo y estercoleros, los ensartaba en alfileres y les colocaba bajo las patitas una hojita verde o un trozo de papel. El pobre insecto se aferraba con sus patas al papel, giraba y se contorsionaba, tratando de liberarse del alfiler, mientras Inge reía:

—¡El escarabajo de mayo está leyendo! ¡Mirad cómo pasa la hoja!

Con los años, se volvía más bien peor que mejor; por desgracia suya, era extremadamente bonita, y aunque recibía algunos coscorriones, nunca tantos como hubiera sido justo.

—¡Para esta cabeza hace falta un coscorrón fuerte! —solía decir su propia madre—. De niña, a menudo pisoteabas mi delantal; temo que, cuando crezcas, me pisotees el corazón.

Así sucedió.

Inge entró al servicio de unos señores nobles, en una casa señorial. Los señores la trataban como a su propia hija, y con sus nuevos vestidos, Inge parecía aún más hermosa, pero su orgullo crecía y crecía sin cesar.

Vivió un año entero con sus amos, hasta que estos le dijeron:

—Deberías visitar a tus ancianos, Inge.

Inge partió, pero solo para mostrarse ante sus familiares con todo su esplendor. Ya había llegado a la entrada de su aldea natal, cuando de pronto vio que junto al estanque había muchachas y muchachos charlando, y no muy lejos, sobre una piedra, descansaba su madre con un haz de leña recogida en el bosque. Inge dio media vuelta inmediatamente: le dio vergüenza que ella, una señorita tan elegante, tuviera una madre tan harapienta que, además, cargaba personalmente con leña desde el bosque. Inge ni siquiera lamentó no haber visto a sus padres; solo sintió fastidio.

Pasaron otros seis meses.

—Debes visitar a tus ancianos, Inge —le dijo nuevamente la señora—. Aquí tienes pan blanco; llévaselo. ¡Cómo se alegrarán de verte!

Inge se vistió con su mejor traje, calzó zapatos nuevos, se levantó ligeramente el vestido y caminó cuidadosamente por el sendero, procurando no ensuciar sus zapatillos; bueno, por eso no hay que reprocharle nada. Pero el sendero giraba hacia un terreno pantanoso; era necesario cruzar un charco de barro. Sin pensarlo dos veces, Inge arrojó su pan al charco para pisarlo y atravesar el agua sin mojarse los pies. Apenas hubo puesto un pie sobre el pan y levantado el otro, preparándose para dar un paso hacia tierra firme, el pan comenzó a hundirse con ella cada vez más y más en la tierra: ¡solo aparecieron burbujas negras sobre el charco!

¡He aquí qué historia!

¿Adónde fue a parar Inge? A la cervecería de la Pantanosa. La Pantanosa es tía de los duendes del bosque y de las doncellas silvestres; estas son conocidas por todos: de ellas se ha escrito en libros, se han compuesto canciones y se las ha representado muchas veces en pinturas; pero de la Pantanosa se sabe muy poco; solo cuando en verano se eleva la niebla sobre los prados, la gente dice: «¡La Pantanosa está preparando cerveza!» Pues bien, allí, a su cervecería, cayó Inge, y allí no se puede resistir mucho tiempo. Una cloaca sería una habitación luminosa y lujosa comparada con la cervecería de la Pantanosa. De cada cuba emanaba un hedor tal que revolvía el estómago, y había tantas cubas que era imposible contarlas, todas apretadas unas contra otras; si entre algunas se encontraba alguna rendija, inmediatamente uno topaba con sapos encogidos en bola, húmedos, y ranas grasientas. Sí, ¡he aquí adónde fue a parar Inge! Al encontrarse en medio de aquella masa viva, fría, pegajosa y repugnante, Inge tembló y sintió cómo su cuerpo comenzaba a entumecerse. El pan se adhería firmemente a sus pies y la arrastraba consigo, como una bolita de ámbar arrastra una pajita.

La Pantanosa estaba en casa; aquel día habían visitado la cervecería unos invitados: el Diablo y su bisabuela, una vieja venenosa. Ella nunca está ociosa; incluso cuando va de visita lleva consigo alguna labor: ya sea coser zapatos de cuero que, al ponérselos, vuelven inquieto al hombre, ya bordar chismes, o finalmente tejer palabras imprudentes que se escapan de la boca de la gente, todo para daño y perdición de los seres humanos. Sí, la bisabuela del Diablo es una maestra cosiendo, bordando y tejiendo.

Vio a Inge, se ajustó las gafas, la miró otra vez y dijo:

«Esta sí que tiene buenos instintos. Os pediré que me la cedáis en recuerdo de la visita de hoy. De ella saldrá una excelente estatua para el vestíbulo de mi bisnieto.»

La Pantanosa le cedió a Inge, y la niña fue a parar al infierno; las personas con buenos instintos pueden llegar allí no solo por el camino directo, sino también por rutas indirectas.

El vestíbulo ocupaba un espacio infinito; mirar hacia adelante mareaba la cabeza, mirar hacia atrás producía el mismo efecto. Todo el vestíbulo estaba atestado de pecadores exhaustos, esperando que en cualquier momento se abrieran las puertas de la misericordia. ¡Cuánto tiempo tuvieron que esperar! Enormes arañas gordas, que se balanceaban de un lado a otro, envolvieron sus piernas con telarañas milenarias; estas los apretaban como tenazas, sujetándolos más fuertemente que cadenas de bronce. Además, las almas de los pecadores eran atormentadas por una angustia eterna y dolorosa. El avaro, por ejemplo, se torturaba pensando que había dejado la llave en la cerradura de su caja de dinero; otros... pero no habría fin si empezáramos a enumerar los tormentos y sufrimientos de todos los pecadores.

Inge tuvo que experimentar todo el horror de la condición de estatua; sus pies parecían atornillados al pan.

«¡He aquí qué limpio se queda uno! No quería ensuciar mis zapatos, ¡y mirad ahora cómo estoy!», se decía a sí misma. «¡Cómo me miran fijamente!» En efecto, todos los pecadores la observaban; sus malas pasiones brillaban en sus ojos, que hablaban sin palabras; ¡el terror se apoderaba de uno con solo mirarlos!

«Bueno, ¡al menos da gusto mirarme a mí!», pensaba Inge. «Soy bonita y voy bien vestida.» Y dirigía sus ojos hacia sí misma, pues su cuello no podía girar. ¡Ay, cómo se había manchado en la cervecería de la Pantanosa! Ni siquiera lo había considerado. Su vestido estaba completamente cubierto de babas; una anguila se le había enredado en el cabello y la golpeaba en el cuello, y de cada pliegue de su vestido asomaban sapos que ladraban como perritos falderos gordos y roncós. ¡Era terriblemente desagradable! «Bueno, los demás aquí tampoco tienen mejor aspecto», se consolaba Inge.

Pero lo peor de todo era la sensación de un hambre espantosa. ¿Acaso no podría inclinarse y romper un pedazo del pan sobre el que estaba de pie? No, su espalda no se doblaba, sus brazos y piernas no se movían; estaba como petrificada y solo podía mover los ojos en todas direcciones, alrededor, incluso sacarlos de sus órbitas y mirar hacia atrás. ¡Puaj, qué asqueroso resultaba eso! Y para colmo, aparecieron moscas y comenzaron a arrastrarse sobre sus ojos de un lado a otro;

ella parpadeaba, pero las moscas no se iban: tenían las alas arrancadas y solo podían reptar. ¡Qué tormento! Y además, aquel hambre. Al final, Inge comenzó a creer que sus propias entrañas se habían devorado a sí mismas, y dentro de ella quedó un vacío, un vacío terrible.

—Bueno, si esto continúa mucho tiempo, no lo soportaré —dijo Inge, pero tuvo que soportarlo: no hubo cambio alguno.

De repente, una lágrima caliente cayó sobre su cabeza, resbaló por su rostro hasta el pecho y luego sobre el pan; tras ella, otra, una tercera, toda una lluvia de lágrimas. ¿Quién podría estar llorando por Inge?

¿Acaso no le quedaba en la tierra una madre? Las amargas lágrimas de una madre, derramadas por su hijo, siempre llegan hasta él, pero no lo liberan; solo queman, aumentando sus sufrimientos. Sin embargo, el hambre terrible e insoportable era lo peor de todo. ¡Pisar el pan con los pies y no poder romper ni un pedacito de él! Le parecía que todo dentro de ella se había devorado a sí mismo, y se había convertido en una caña fina y vacía, que absorbía cada sonido. Oía claramente todo lo que decían sobre ella allá arriba, y solo decían cosas malas. Incluso su madre, aunque la lloraba amarga y sinceramente, repetía: «El orgullo no lleva a nada bueno. El orgullo te ha perdido, Inge. ¡Cómo me has afligido!»

Tanto la madre de Inge como todos los de allá arriba ya conocían su pecado; sabían que había pisado el pan y se había hundido bajo tierra. Un pastor lo había visto todo desde una colina y se lo contó a otros.

—¡Cómo has afligido a tu madre, Inge! —repetía la madre—. Por lo demás, no esperaba otra cosa.

«Más me valdría no haber nacido», pensaba Inge. «¿De qué sirve que mi madre ahora gimotee por mí?»

Oía también las palabras de sus amos, personas respetables que la habían tratado como a una hija: «Es una gran pecadora. No honró los dones de Dios, los pisoteó con sus pies. ¡No se abrirán pronto para ella las puertas de la misericordia!»

«Educado

¡Si me hubieran tratado mejor, con más severidad! —pensaba Inge—. ¡Me habrían expulsado los vicios, si es que los tenía dentro!»

Oía también la canción que la gente había compuesto sobre ella, la canción de la niña orgullosa que pisó el pan para no ensuciar sus zapatos. Todos la cantaban.

«¡Si pienso en todo lo que he tenido que oír y sufrir por mi falta! —pensaba Inge—. ¡Ojalá otros también pagaran por las tuyas! ¡Y cuántos tendrían que pagar! ¡Ay, cómo me torturo!»

Y el alma de Inge se volvía aún más grosera, más dura que su envoltura.

—¡En una compañía como esta no se mejora! ¡Además, no quiero mejorar! ¡Mirad cómo me miran fijamente! —decía, y se endureció y llenó de rencor contra todos los hombres—. ¡Se han alegrado, han encontrado ahora de qué hablar! ¡Ay, cómo me torturo!

Oía también cómo contaban su historia a los niños, y los pequeños la llamaban impía.

—¡Es tan mala! ¡Que ahora sufra bien! —decían los niños.

Solo cosas malas oía Inge sobre sí misma de labios infantiles. Pero un día, mientras se torturaba de hambre y rabia, volvió a oír su nombre y su historia. La estaban contando a una niña inocente y pequeña, y de pronto la pequeña rompió a llorar por la orgullosa y vanidosa Inge.

—¿Y es posible que nunca vuelva aquí, arriba? —preguntó la pequeña.

—¡Nunca! —le respondieron.

—¿Y si ella pidiera perdón, prometiendo no volver a hacer eso jamás?

—¡Pero ella no quiere pedir perdón en absoluto!

—¡Ay, cuánto desearía que ella pidiera perdón! —dijo la niña, y durante mucho tiempo no pudo consolarse—. ¡Daría mi casa de muñecas con tal de que le permitieran volver a la tierra! ¡Pobre, pobre Inge!

Estas palabras llegaron al corazón de Inge, y sintió como si le fuera un poco más ligero: por primera vez encontró un alma viva que dijo: «¡Pobre Inge!» sin añadir ni una palabra sobre su pecado. La pequeña niña inocente lloraba y rogaba por ella... Un sentimiento extraño invadió el alma de Inge; habría querido llorar ella misma, pero no podía, y esto fue un nuevo tormento.

En la tierra los años volaban como flechas, bajo la tierra todo seguía igual. Inge oía su nombre cada vez con menos frecuencia; en la tierra se acordaban de ella cada vez menos. Pero un día llegó hasta ella un suspiro:

«¡Inge! ¡Inge! ¡Cuánto me has afligido! ¡Siempre lo presentí!» Era la madre de Inge que moría.

A veces oía también su nombre de labios de sus antiguos amos.

La ama, por cierto, siempre se expresaba con humildad: «Quizás aún nos encontremos contigo, Inge. ¡Nadie sabe adónde irá a parar!»

Pero Inge sabía que su respetable señora no iría a parar donde había ido ella.

Lenta, dolorosamente lenta, se arrastraba el tiempo.

Y he aquí que Inge volvió a oír su nombre y vio cómo sobre ella brillaron dos estrellas luminosas: eran unos ojos bondadosos que se cerraban en la tierra. Habían pasado ya muchos años desde que la pequeña niña lloraba inconsolablemente por la «pobre Inge»: la pequeña había crecido, envejecido y había sido llamada por Dios Señor hacia Sí. En el último instante, cuando en el alma resplandecen con luz brillante los recuerdos de toda una vida, la moribunda recordó también sus amargas lágrimas por Inge, tan vivamente que exclamó involuntariamente:

«Señor, quizás yo también, como Inge, sin saberlo, haya pisoteado Tus dones bondadosos; quizás mi alma también estuviera infectada de orgullo, y solo Tu misericordia no me permitió caer más abajo, sino que me sostuvo. ¡No me abandones en mi última hora!»

Y los ojos corporales de la moribunda se cerraron, mientras los espirituales se abrieron, y como Inge fue su último pensamiento, vio con su mirada espiritual lo que estaba oculto a lo terrenal: vio cuán profundamente había caído Inge. Ante este espectáculo, el alma piadosa se inundó de lágrimas y se presentó ante el trono del Rey Celestial, llorando y rogando por el alma pecadora con la misma sinceridad con que había llorado siendo niña. Estos sollozos y súplicas resonaron como eco en la vacía envoltura que encerraba el alma torturada, y el alma de Inge quedó como aplastada por este amor inesperado hacia ella desde el cielo. ¡Un ángel de Dios lloraba por ella! ¿Con qué lo había merecido? El alma exhausta repasó toda su vida, todo lo que había hecho, y se inundó de lágrimas como nunca antes había conocido Inge. La compasión hacia sí misma la llenó: le parecía que las puertas de la misericordia permanecerían cerradas para ella por toda la eternidad. Y apenas hubo reconocido esto con contrición, un rayo de luz penetró en el abismo subterráneo, más fuerte que el sol que derrite un muñeco de nieve hecho por muchachos en el patio, y más rápido de lo que se derrite un copo de nieve en los cálidos labios de un niño, se deshizo la envoltura petrificada de Inge. Una pequeña pájaro salió disparado como un relámpago desde las profundidades hacia la libertad. Pero, hallándose en medio de la luz blanca, se encogió de miedo y vergüenza: temía a todos, se avergonzaba y se escondió apresuradamente en una grieta oscura de alguna pared medio derruida. Allí permaneció sentada, encogida,

temblando con todo su cuerpo, sin emitir ningún sonido, pues ni siquiera tenía voz. Mucho tiempo estuvo así antes de atreverse a mirar alrededor y admirar la magnificencia del mundo de Dios. Sí, ¡magnífico era el mundo de Dios! El aire era fresco y suave, la luna brillaba intensamente, los árboles y arbustos exhalaban fragancia; en el rincón donde se había refugiado el pajarillo había tanta comodidad, y su vestidito era tan limpio y elegante. ¡Qué amor, qué belleza estaban derramados en el mundo de Dios! Y todos los pensamientos que bullían en el pecho del pajarillo estaban listos para derramarse en una canción, pero el pajarillo no podía cantar, por mucho que lo deseara; no podía ni cucurear como el cuco, ni trinar como el ruiseñor. Pero Dios oye incluso la muda alabanza del gusano, y oyó también esta alabanza sin voz que mentalmente ascendía al cielo como un salmo que resonaba en el pecho de David antes de que él encontrara para él palabras y melodía.

La muda alabanza del pajarillo crecía día tras día y solo esperaba la ocasión de derramarse en una buena obra.

Llegó la Nochebuena. Un campesino colocó junto a la cerca un poste y ató en su cima una gavilla de avena sin trillar: que también los pajarillos celebraran alegremente la fiesta del Nacimiento del Salvador.

En la mañana de Navidad salió el sol e iluminó la gavilla; rápidamente volaron hacia el festín las avecillas chirriantes. Desde la grieta en la pared también se oyó: «¡Pío! ¡Pío!» El pensamiento se derramó en sonido; el débil chillido fue un verdadero himno de alegría: el pensamiento se preparaba para encarnarse en una buena obra, y el pajarillo salió de su refugio. En el cielo sabían qué pajarillo era este.

El invierno era riguroso, las aguas estaban cubiertas de grueso hielo; para las aves y las bestias del bosque habían llegado tiempos difíciles. La pequeña avecilla volaba sobre el camino, buscando y encontrando en los surcos nevados trazados por los trineos granitos, y junto a los lugares de alimentación de los caballos, migajas de pan; pero ella misma comía siempre solo un granito, una migaja, y luego llamaba a alimentarse a otros gorriones hambrientos. Volaba también a las ciudades, miraba a su alrededor y, al ver trocitos de pan arrojados desde una ventana por una mano misericordiosa, también comía solo uno, dando todo lo demás a los demás.

Durante el invierno, el pajarillo reunió y repartió tal cantidad de migajas de pan que todas juntas pesaban tanto como el pan que Inge había pisado para no ensuciar sus zapatos. Y cuando fue encontrada y entregada la última migaja, las

alas grises del pajarillo se transformaron en blancas y se desplegaron ampliamente.

—¡Ahí vuela una golondrina marina! —dijeron los niños al ver al pájaro blanco.

El pajarillo ora se zambullía en las olas, ora se elevaba hacia los rayos del sol, y de repente desapareció en ese resplandor. Nadie vio adónde había ido.

—¡Ha volado hacia el sol! —dijeron los niños.